

Teatro

*Ya esto se acabó. Vestido de rey
él sigue tomando baños de sol en la terraza,
y un periodista extranjero, alguien
desconocedor de las magias del difunto,
diría equivocadamente que a pesar de sus achaques
el enfermo resiste. Pero tú y yo, Señor,
sabemos que esto se acabó,
que todo ha terminado, que los pronósticos
se cumplieron. Que para el caso
es como si toda aquella larga agonía
que hizo de nosotros
estas pobres sombras que desde la muerte miran,
hubiese llegado a su fin, y de todo ello
ahora sólo quedaran ropas amontonadas en el garaje
listas para ser echadas en el horno,
el olor de las velas, alguna esperma en el piso,
un silencio muy grande
y unas cuantas flores marchitas
que se cayeron de las coronas.
Lo del personaje en la terraza es película, ficción,
propaganda para que siga el espectáculo.*

El sueño de las tortugas

*Lento como una tortuga
pasa el día,
con paso de tortuga
vienen y se van los años,
demorados como tortugas muy importantes
un día te atienden, por fin,
el funcionario de la Corona
y la mesonera del camino real:
ambos
detrás de un muro de papeles
con cuños y consignas.
Aun la esperanza
avanza*

*con la calma de una tortuga muy vieja
que se hubiese dormido en el camino
(en el horizonte
por ahora de ella no vemos
ni el arcoiris que la anuncia).
Y todo en esta monarquía
dormida entre el olvido y el silencio
transcurre bajo el sueño de las tortugas.
De no ser por el miedo
a que te estén escuchando
o que de repente entren los soldados del rey,
este sería, Señor,
el reino de los bostezos.*

Dadme

*Dadme, oh Dios, la luz para entender,
la fuerza para seguir (al menos para resistir),
dadme una fe grande como un planeta grande
de mármol puro, y un ramito de ruda
para espantar al mentiroso,
y unos zapatos mágicos
para no volver a extraviarme,
y mucha luz para mi casa,
y fotos de los ausentes,
y un paraguas
para abrirlo en la sala como si estuviera lloviendo
y soñar que por eso tampoco hoy tenemos visita,
y una hoja de papel, Señor;
dadme mucho papel para escribirle a los ausentes
y sellos para enviarles mis cartas
y medicinas para olvidar;
dadme una dirección en esta tierra
hoy tan sola,
mencióname dos personas
a las cuales dirigirme en caso de necesidad,
márcamelas, señálamelas con una luz
o con un lugar muy exclusivo,
y no me dejes caer en la tentación
del que miente por cobardía,
ni me dejes solo frente a los funcionarios.*

*Hazme invulnerable, Señor:
Haz que mi muchacha no me abandone.
Dadme la luz, el pan y la esperanza de cada día,
cúidame el café y la casa y el perro
y el retrato de mi madre ya difunta
amarilleando en la pared,
y no te olvides,
no te olvides de mis zapatos mágicos.
Cuida de mí, oh Dios, ayúdame a seguir.
Dame una fe y un camino para salir de estos escombros.
Se Tú en este mundo mi abogado,
mi banquero, mi funcionario.
Cuida de mí, Señor. Ayúdame a entender.*

Dando gracias por mi mujer

*Gracias por mi mujer.
Gracias, Señor, porque viva
como el orégano y las enredaderas
y el rosal bajo el viento
que logró salir indemne
conservando todas sus rosas.*

*Gracias por conservarla intacta:
con sus dos tetas que brillan
(la izquierda y la derecha),
y todo lo otro de ella
que me ha hecho sentir
un hombre verdaderamente importante.*

*Ella, Señor, es lo perfecto,
lo callado, lo transparente,
la sal y la ternura de mi casa,
el suelo donde me sostengo,
mi café y mi cigarro.*

*Gracias, Señor.
Gracias porque no se acabe mi mujer
ni haya que cortarle nada.*

*Ella nació para hacer el té
y vivir útilmente
como el atardecer y el aire y la esperanza.
Ella es tímida, con algo de azucena
o de jacinto a la orilla de un río,
y cuando llueve
se acurruca y mira desde el fondo
con la tristeza de un cordero.
Ella sin mí en la muerte se moriría de miedo,
yo sin ella en la vida me sentiría perdido.*

*Gracias nuevamente,
Señor. En este día azul del mundo
y cuando ya no exista yo,
gracias. Gracias por este milagro.
Si sientes resonar las puertas del Cielo,
es la bulla de mi alegría aquí abajo.*

Sin palabras, sin palabras

*Me pasa lo que en el portón del cementerio
a quienes pálidos vinieron de provincias
con un telegrama en el bolsillo, y a provincias,
cabizbajos y más delgados, volverán ahora,
y acaso se estén viendo por última vez
luego de noches y noches de café y cigarros
y súplicas en común y anécdotas de un día dorado
revividas ahora entre cabezazos de sueño
y sobresaltos, mientras subía y bajaba lenta
la sábana del temor, en oleadas de agonía.*

*¡Ah!, Señor, si yo tuviera palabras
para despedirme decentemente
de estos hermanos que han sido mi alegría
y mi escudo. Palabras emocionadas
que aun Tú mismo tuvieras que escuchar
emocionado. Palabras
que contarán como en un cuento escrito en el cielo
cómo una vez en este mundo,
sobre la yerba de la primavera*

*o sobre la nieve desoladora de diciembre
con sus nostalgias, fueron
la muerte y la risa, y el sudor y el hambre,
y el frío y la victoria durante algún tiempo,
haciendo de estos millones de seres
que aquí se despiden
algo tan unido como el árbol a su sombra,
o más exactamente: cómo fueron
aquellos días de lo que nunca tendrá olvido
entretejiéndolos, entretejiéndolos
hasta dejarnos entramados como los hilos en una tela
o como el agua en el agua. Palabras
para decir adiós
a estos hombres y mujeres mitológicos
que nunca volverán a nacer,
que tuvieron una sola vida
y la metieron en este asunto,
y que ahora, oh Señor,
definitivamente
regresan más lejos que a provincias
porque regresan a ninguna parte:
ese sitio horrible y sin final
del que nunca se vuelve. Palabras
para llevar por esos vacíos de la nada
como un talismán o un recuerdo.*

*Pero hasta sin palabras
se queda el derrotado. Y sin público
además. Ni él mismo osaría escucharse.
Lleno de imágenes de cadáveres
caídos junto a un arma (y allí pudriéndose
entre latas de conservas vacías,
fotos, moscas y olvido)
besos junto a un tren y órdenes equivocadas,
qué podría decir el derrotado,
alegar qué. Hasta su figura
huele a derrota. Y la derrota huele a cenizas
y las cenizas huelen a pasado
y el pasado es un sitio
que ni dormidos desearían mencionar
quienes perdieron, sobre todo
si fueron traicionados,
o se sienten traicionados.
Y da miedo y mala suerte
mirar o ver un derrotado*

*(así sea de lejos),
mucho más si va apoyándose en muletas.*

*Amigos, amigos:
me pasa lo que en el portón del cementerio
a aquellas gentes que vinieron de provincias
con la ilusión de un milagro.
Sólo que ellos acaban de decir adiós a un ser querido
y nosotros acabamos de enterrar un mundo,
nada menos que el mundo
donde estábamos parados
con nuestros sueños y nuestros mitos,
aquel mundo, amigos, que tan eterno parecía.*

*Como un niño que deja de recuerdo
al despedirse sus modestos tesoros
(un trompo, una pita, un anzuelo),
me gustaría en esta hora
regalar a cada uno de ustedes una foto del que yo era
cuando a golpes de himnos y banderas
que hermo­seaban la luz del cielo
e impedían ver la Tiranía
nos congregó la vida
en esta campaña que aquí termina.
Pero ello sería la foto de un fantasma,
y una foto del que soy ahora
sería la foto de un derrotado.*

Cual Cristo desde la cruz, ¡un abrazo!

*Un abrazo, amigos, hermanos,
sal y alegría de mi casa,
aceite de mi corazón.
Y abrácenme, abrácenme de nuevo, abrácenme,
quíéranme, recuérdense alguna vez:
es todo cuanto muerto de miedo
(pero sin arrepentirme)
se me ocurre en definitiva
entre las olas de este inmenso adiós.*

(¡Y que Dios nos acompañe!)